

V. † J.

CARTA PASTORAL

QUE EL

ILMO. Y RMO. SR. OBISPO DE CANARIAS

Y

ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE TENERIFE

DIRIGE

AL VENERABLE CLERO Y FIELES DE LAS SIETE ISLAS

DEL ARCHIPIÉLAGO CANARIO

CON MOTIVO

DEL SANTO TIEMPO DE CUARESMA.



LAS PALMAS DE GRAN CANARIA:

Imp. de la Verdad, plaza de Santa Ana, núm. 8.

1863.

V. J.

GABATA PASTORAL

QUE EL

ILMO. Y RMO. SR. OBISPO DE CANARIAS

ADMINISTRADOR APOSTOLICO DE TENERIFE

DIRIGE

AL VENERABLE CLERO Y FIELES DE LAS SIETE ISLAS

DEL ARCHIPIELAGO CANARIO

CON MOTIVO

DEL SANTO TIEMPO DE CUARESMA



LAS PALMAS DE GRAN CANARIA:

Imp. de la Verdad, plaza de Santa Ana, núm. 8.

1867.



NOS D. D. FR. JOAQUIN LLUCH Y GARRIGA,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SE-
DE APOSTOLICA, OBISPO DE CANARIAS, ADMI-
NISTRADOR APOSTÓLICO DE LA DIÓCESIS (SE-
DE VACANTE) DE TENERIFE, PRELADO DO-
MÉSTICO DE SU SANTIDAD, ASISTENTE AL SÓ-
LIO PONTIFICIO, SUBDELEGADO CASTRENSE,
PRESIDENTE DE HONOR DEL INSTITUTO DE
ÁFRICA, DEL CONSEJO DE S. M. & &

*Al venerable Clero y amados fieles de las siete Islas del
Archipiélago Canario, salud, paz y bendicion de Nuestro
Señor Jesucristo.*

Entre los muchos y gravísimos deberes, que nos impo-
ne el ministerio de Padre y Pastor de vuestras almas, uno
muy principal es, instruiros en la sana doctrina. *Tu autem
loquere quæ decent sanam doctrinam*, escribia el Apostol San
Pablo á su discípulo Tito. (1) Clama, decia el Señor á su
Profeta Isaias, y en él á los Obispos y Sacerdotes de la
nueva ley, clama, vocea, rompa el aire tu voz, como el
sonido del clarin, y anuncia á mi pueblo los pecados y mal-
dades de Israel. (2) El mismo Jesucristo declarando á la
Sinagoga el motivo de su venida al mundo, segun el vati-
cinio de Isaias, dijo, que era para enriquecer á los pobres
con los tesoros del Evangelio; para romper los grillos y qui-
tar las cadenas á los esclavos de satanas; para publicar el
Jubileo á los pecadores, y á los inocentes las recompensas
eternas, por medio de la predicacion; *Spiritus Domini super
me, propter quod unxit me, prædicare captivis remissionem,
prædicare annum Domini acceptum, et diem retributionis.* (3)

(1) Cap. 2.—(2) Isaiæ Cap. 58.—(3) Luc. 4º

Y recorría Jesús las ciudades y villas, enseñando en las Sinagogas, y predicando el Evangelio del Reino de Dios. Y cuando las gentes le detenían para que no se apartase de ellas, contestaba: “Es menester que Yo anuncie también el Reino de Dios á otras ciudades, ya que á esto he sido enviado.”

Consumado que hubo el misterio de nuestra Reparación, el primer precepto que dió á Pedro, elegido para gobernar su Iglesia, fué el de la predicación evangélica; *pasce oves meas, pasce agnos meos*: (1) que significa, según interpretación de Pedro Blesense, evangelizar á sus súbditos, dar á Dios un pueblo aceptable, y preparar al Señor, por medio de la palabra Apostólica una plebe perfecta. Al enviar al mundo á sus Apóstoles díjoles también Jesucristo, *docete omnes gentes* (2). Y así lo hicieron, y llenos de valor é intrepidez predicaban en las calles y en las plazas, en el Templo y en las casas, enseñando la doctrina del Evangelio de Jesucristo: y eran tan fervorosos y constantes en el ministerio de la predicación, que lo preferían á los demás cuidados de sus Iglesias. Los Santos Padres imitaron el ejemplo de los Apóstoles, como lo atestiguan las voluminosas colecciones de sus homilias. A este sagrado deber se refiere el rito misterioso de la Iglesia, cuando en el acto de la Consagración del Obispo pone sobre su cabeza el libro de los Santos Evangelios, diciéndole después al entregárselo: *accipe Evangelium et vade prædicare populo Tibi commisso*. (3)

Llenos de temor y espanto al considerar la rigurosa cuenta, que el Juez Divino nos pedirá en su día sobre el cumplimiento de este gravísimo deber, no cesamos en el discurso del año de predicaros la palabra de Dios. Y ora en nuestras escursiones apostólicas, con motivo de la Santa Pas-

(1) Joan. 21.—(2) Math. 28.—(3) Pont. Rom. in Cons. Epis.

toral Visita, ora en nuestra amada Iglesia Catedral, en las temporadas de Adviento y Cuaresma, y principales festividades del año, cuando mas especialmente fijamos la residencia en la Capital de la Diócesis, os dirigimos la palabra, en cuanto lo consiente nuestra fragilidad, hablandoos de vuestras obligaciones, y animandoos á su cumplimiento. Y, ¡oh con cuanta satisfaccion y alegría de nuestra alma lo hacemos!... Es tan dulce al corazon de un padre entretenerse en conversacion familiar con sus hijos tratando de intereses de familia... No és extraño, que cuando los hijos están dispersos, y no és dable reunirlos á la vez, el corazon paternal sufra violencia. Así nos sucede, especialmente en este santo tiempo de Cuaresma, cuando con mayores ansias reclamais, se os reparta el pan de la doctrina evangélica. ¿Quién nos diera poder hacerlo, cual deseáramos, con todos vosotros, hijos queridos?

Para satisfacer en lo posible vuestra hambre espiritual, y los deseos que nos animan de remediarla, os dirigimos esta Carta Pastoral. En ella nos proponemos enfervorizaros en el amor de Jesucristo, con el recuerdo de algunos de los principales beneficios que nos ha misericordiosamente dispensado.

¿Quién de vosotros, H. Q., no se conmueve al considerar el infeliz estado, en el cual el humano linaje yacía antes de la venida del Salvador? Apesar de los grandes esfuerzos, que para ilustrar y mejorar á los hombres, hicieran los filósofos mas reputados entonces; el reino de la verdad y de la virtud no habia podido aun sustituir al imperio de la mentira y del vicio. El desbordamiento de todas las pasiones habia legitimado toda clase de excesos; y el error, rodeado de la faláz aureola de un prestigio efímero, que le comunicaba la autoridad de la cual, entre el vulgo ignorante y corrompido, gozaban sus maestros, habia creado una situacion

tán lastimosa. Pero, ¡oh bondad y misericordia de Dios! Después de haber hablado de mil maneras á los hombres, en el transcurso de los siglos, por medio de los Patriarcas y de los Profetas, envió finalmente á su Hijo, que apareció hecho hombre en medio de los hombres, conversando con ellos lleno de gracia y de verdad; y haciéndose su maestro, despejó las tinieblas, que tenían á la humana razón ofuscada. Hizo mas aun, H. Q. Se ofreció al Padre Eterno por todos los pecados y pecadores del mundo; murió por todos los hombres en el altar de la Cruz; y al tercer dia, después de su muerte, resucitó glorioso, confirmando, con este admirable prodigio, su celestial misión y doctrina.

Y Cristo está con nosotros hasta la consumación de los siglos. Y es el mismo ayer que hoy, y siempre. Y sigue haciéndose nuestra santificación y redención con su gracia, y nuestro Preceptor por medio de la Iglesia, dirigida por Él. Él dejó á esta su amada esposa el depósito de su divina revelación, y los Sacramentos que instituyó para santificar á los hombres. Él es Pontífice eterno del nuevo Testamento, no tan solo como mediador nuestro, sentado á la diestra del Padre en el reino de los cielos; sino tambien ejerciendo sobre la tierra, por medio de los hombres escojidos al Augusto Ministerio las funciones del Pontificado y del Sacerdocio. Él es la víctima y el Sacerdote que la ofrece sobre los altares: Él, quien bautiza en el sacramento de la Regeneración, quien perdona los pecados en el de la Penitencia, y confiere en los demas otras gracias.

Pero ¿Y en donde está la esposa de Jesucristo, esta su Iglesia rica de tantos tesoros, depositaria de tantos bienes, adornada de tantas prerogativas? ¿Cómo podremos reconocerla entre la multitud de asociaciones que se disputan el mismo titulo? Ah!, H. Q., facil es distinguir la única ver-

verdadera Iglesia de Jesucristo. Porque ella es la montaña de la casa del Señor colocada sobre la cumbre de las demás, y que descuella entre todos los collados. No puede esta mística Ciudad esconderse, puesta en tal eminencia, y concurrirán á ella todos los pueblos, diciendo: venid, subamos á la montaña del Señor, y á la casa del Dios de Jacob. Esta casa está fundada sobre los Profetas y los Apostoles, siendo su piedra angular Jesucristo.

Tal es, H. Q., la verdadera Iglesia de Dios, á la cual tenemos la inapreciable dicha de pertenecer. Ella se distingue perfectamente de todas las demás pretendidas religiones, porque es Una, Santa, Católica, y Apostólica.

Sí, H. Q., Una es la Iglesia del Salvador por la unidad de la doctrina que cree y enseña, y por la union de todas las Iglesias particulares del mundo con la Silla Apostólica, que es el centro de esta unidad. Mas claro: esta unidad característica de la verdadera Iglesia de Jesucristo es el resultado de la unidad en la fé y en la caridad; de suerte que todos los que pertenecen á ella profesen las mismas creencias y tengan entre si la misma comunión. Por ella todos creemos unas mismas verdades, todos profesamos una misma moral, todos participamos de unos mismos Sacramentos, todos formamos un mismo cuerpo, todos componemos una misma familia, sin que la diversidad de los pueblos y naciones, ni la sucesion de los siglos debilite en lo mas mínimo esta preciosa unidad. Por ella la única verdadera Iglesia se distingue de las espureas, que aparentando vestir su librea, quieren ser reconocidas por tal. Esta unidad pedia Jesucristo al Padre por sus discípulos, y por todos los que habian de creer en Él hasta el fin del mundo; y San Pablo la recomendaba á los fieles exhortandoles á que fuesen solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz. Asi como un solo cuerpo no debe tener sino un solo espíritu,

así, dice un Sagrado intérprete, todos los fieles deben ser una misma cosa, como es uno mismo el objeto de su esperanza, que es la vida eterna. San Cipriano llama á la Iglesia *el vestido inconsutil*; San Justino dice que los cristianos son *como un hombre solo*; San Ireneo afirma, que toda la Iglesia dispersa en el mundo habita una sola casa, tiene una sola alma, un solo corazón, una boca sola, una misma fé, una misma predicacion y una misma forma de gobierno; San Epifanio la llama siempre *virgen, entera, y una*, á diferencia de las sectas heréticas que se dividen en muchas. En el mismo sentido escribieron Tertuliano, San Agustín, San Clemente Alejandrino, San Dionisio, San Ilario, San Ambrosio y todos los Santos Padres y apologistas de la religion cristiana. Y no podian espresarse de otro modo ya que el Salvador en el Evangelio no habla mas que de un solo reino, de un solo redil, de una sola Iglesia.

Los mismos enemigos del Cristianismo han reconocido esta verdad. Algunos de ellos han enseñado, que siendo la religion el lazo principal de la sociedad humana, debe ella sujetarse á las leyes de una perfecta unidad. Diderot y D'Alembert confiesan, que la unidad es uno de los caracteres distintivos de la Iglesia de Cristo. Y esta Iglesia, una y única verdadera és, H. Q., la Católica Romana, porque ella sola posee esta hermosa prerogativa de la unidad.

Efectivamente, los hijos de la Iglesia Romana, dispersos en las varias regiones del globo, forman un solo cuerpo con Jesucristo, vivificado por un mismo espíritu. Ellos son, por su vocacion, llamados á una sola esperanza, hechos partícipes de una misma gracia, é instituidos herederos de una misma gloria. Uno és el símbolo de fé que todos rezan y profesan en distintos idiomas; unos mismos los Sacramentos que todos reciben; uno mismo el Sacrificio que en todos sus templos se ofrece; una misma la moral, regu-

ladora de todas sus familias; uno mismo el Pastor Supremo que las dirige; uno mismo el Jefe, ó Cabeza visible á quien todos los miembros de este cuerpo maravilloso obedecen. Jesucristo, piedra angular del edificio, comunicó á Pedro su esencial solidez para sostenerlo: Pedro es el centro de la Católica unidad. Y el sucesor de Pedro en la Silla Apostólica es el principio esencial de donde procede la unidad del ministerio eclesiástico, á la manera, dice San Cipriano, de los rayos que parten de un mismo foco de luz, y como las ramas nacidas de un mismo tronco. De suerte que de la misma constitucion de la Iglesia Romana deriva su unidad característica. Unidad que no pudieron dividir en los primeros siglos del cristianismo las persecuciones ni los martirios, unidad en la cual se han estrellado en tiempos posteriores, y se estrellan actualmente todas las astucias de los impíos, todas las blasfemias de los hereges, todas las sutilezas de los filósofos, y el desprecio de los indiferentistas, y los ardides de los doctrinarios, y la tiranía, persecucion, saqueos, despojos y violencias de los demagogos.

Empero, Jesucristo, H. Q., vino al mundo y padeció muerte y pasion para santificar á su Iglesia, para redimirnos de todo pecado, y purificarnos para sí como pueblo aceptable, seguidor de buenas obras. La Iglesia és el cuerpo de Cristo, que se llama tambien su Esposa. Si en el tiempo la acrisola con tribulaciones pasajeras, és para glorificarla en la eternidad, no teniendo mancha alguna, ni arruga, ni cosa semejante. Sin embargo, esta Esposa del Salvador, aun durante su peregrinacion en la tierra debe ser esencialmente *Santa*, no pudiéndosela de ningun modo concebir destituida de este carácter, siendo Santa su Cabeza, que és Jesucristo, manantial y origen de toda santidad.

No nos detendremos mucho H. Q., en la esposicion de las pruebas de la santidad característica de la Iglesia de

Jesucristo. Las dimensiones que hemos pensado dar á esta nuestra Carta Pastoral no consienten esplicaciones difusas. Amás de que vuestra piedad, de la cual repetidas muestras nos habeis dado, nos dispensa de esta tarea, que no podia dejar de ser prolija. Si, todos creéis, H. Q., y nos complacemos en consignarlo, que los dogmas, que nuestra Santa Madre la Iglesia nos propone, están intimamente relacionados con el conocimiento y culto de un solo Dios, primer principio de todas las cosas, Criador y Redentor del género humano, último fin y suprema bienaventuranza del hombre. Todos creéis que sus preceptos se refieren al amor de Dios sobre todas las cosas, al amor ordenado de nosotros mismos y de los prójimos, y que comprenden y enseñan todos los deberes del hombre, sin mezcla de ningún error. Todos creéis en la santidad del sacrificio que se ofrece á Dios para reconocér su dominio Supremo sobre todas las criaturas, y darle gracias, por los beneficios que nos dispensa, y alcanzar sus poderosos auxilios y aplacar su justa indignacion, y hacerlo propicio á nosotros. Todos creéis que por medio de los Sacramentos, que Cristo dejó á esta su Iglesia, se nos perdonan los pecados, se nos aumenta la santidad, es perpetuado el Sacerdocio, y consolidada y perfeccionada la familia. Todos creéis que en la Iglesia de Cristo existe la fecundidad admirable que desde su origen hasta nosotros ha producido una série no interrumpida de héroes de toda edad, condicion y sexo, que con la práctica de las mas sublimes virtudes proclaman la vida sobrenatural interior, fruto preciosísimo de la pasion y muerte de Jesucristo. Y esta vida sobrenatural interior, no tan solo se hace manifiesta por medio de la profesion de los consejos evangélicos, y del ejercicio de todas las virtudes en grado heróico, sino tambien por la affluencia de las gracias y dones del Espíritu Santo, y por los milagros y pro-

fecias que nunca han dejado de ecsistir en la Iglesia, segun la promesa de su Esposo Divino. Todos en fin creeis que la Iglesia Romana posee ella sola esta prerogativa de la verdadera santidad, que resplandece admirablemente en todos sus documentos dogmáticos y morales, en la belleza de sus ritos, en la magnificencia de sus ceremonias, en la pureza de su culto, y en la perfeccion sobrenatural de tantos hijos suyos. Ella és, decia Lactancio, la fuente de la verdad, la mansion de la fé, el templo de Dios, fuera de la cual no hay esperanza de vida y salvacion eterna.

San Agustin en el libro que escribió sobre la verdadera religion dice, que hemos de tener la comunicacion de aquella Iglesia que és católica, y tal la llaman, no solamente sus hijos, si que tambien sus enemigos. Quieran ó no quieran los hereges y cismáticos, cuando hablan con los estraños, y no con los suyos, á la Iglesia Católica no la llaman sino Católica. Ni pueden ser comprendidos de otro modo, puesto que con este nombre se la apellida por todo el mundo. — Así és, H. Q., la verdadera Iglesia de Jesucristo és *Católica*, ó universal. Este concepto de Iglesia Católica en el rigor de la palabra comprehende dos propiedades inseparables la una de la otra, que son la unidad y la universalidad, ó mejor, la unidad en la universalidad. La unidad es la identidad de la fé y de la comunion de la Iglesia en todas partes. La universalidad és la difusion de esta misma Iglesia por todo el Orbe, segun los vaticinios de los Profetas, y las promesas de Jesucristo. Estas dos propiedades son inseparables de la Iglesia de Cristo. ¿Y quién H. Q., no reconoce en esta prerogativa, característica de la Iglesia, una prueba incontestable de su divinidad? Ella és una y universal. Luego no pudo ser obra de los hombres, sino de Dios. Por que no hay sabiduria humana que pueda inventar un conjunto semejante de dogmas, de

culto, y de leyes para todos los tiempos, para todos los países y para todos los hombres. No hay talento, no hay poder aquí abajo capaz de fundar una institucion semejante. Esta Iglesia, una y universal, es la Iglesia de Dios, és el reino de Jesucristo, que la misma Sabiduría eterna tan claramente nos describe en las Sagradas Escrituras.

Si, dice San Agustin, en las Escrituras conocemos á Cristo, y en las Escrituras conocemos su Iglesia. Conocemos á Cristo en el salmo que profetiza de Él mismo, *El Señor me dijo mi hijo eres tu, y Yo te he engendrado hoy*; y conocemos la Iglesia en las palabras que siguen, *Pídeme y te daré las gentes en herencia tuya, y en posesion tuya los términos de la tierra*. Conocemos á Cristo en lo que escrito está, *El Dios de los Dioses, el Señor habló*; y conocemos la Iglesia en las siguientes palabras; *Y llamó á la tierra, desde el oriente del sol hasta su occidente*. Conocemos á Cristo cuando de Él se dice, *Y como Esposo que sale de su tálamo, dió saltos como gigante para correr el camino*; y conocemos asi mismo la Iglesia en lo que antes se lee, *El sonido de ellos se ha divulgado por toda la tierra, y sus palabras hasta los fines de la tierra. En el Sol puso su tabernáculo*. La Iglesia está puesta en el Sol, en sus manifestaciones es de todos conocida, hasta en las estremidades de la tierra. (1) De este modo San Agustin, apoyado en las sagradas escrituras, esplica la unidad en la universalidad, ó sea la catolicidad de la Iglesia de Jesucristo.

Esta Iglesia, una, y universal ó sea Católica, és, H. Q., la Iglesia Romana, de la cual somos hijos; y por esta no se entiende la peculiar del mismo nombre, ó sea la Diócesis de Roma, sino el conjunto de todas las Iglesias particulares unidas á la Romana, como á centro comun, formando con ella, por la identidad de fé y de comunión, una sola fa-

(1) S. Agust. Epist. 105. ad Donatist.

milia, un solo redil, y un solo cuerpo. Desde el momento en que San Pedro llevó el estandarte de la Cruz á la cima del Capitolio, Roma és reconocida y predicada Cabeza y centro de la Iglesia. Siempre los Papas, sucesores de Pedro, han gobernado con Suprema Autoridad el mundo católico. Bajo los auspicios de los Papas, y por la mision que ellos confieren en nombre y por autoridad del mismo Jesucristo, se dilató la Iglesia á medida que nuevas tierras se descubrieron, de suerte que no hay país conocido tan inhospitatorio ó remoto en donde no tengan los Pontífices algunos subditos. Siempre los Papas han sido el alma, y dado el impulso á todos los acontecimientos de alguna importancia en la Iglesia. Siempre las Iglesias particulares del Oriente y Occidente, del Septentrion y del Mediodia, han reconocido la de Roma como el centro de todas. Con razon se dice que Roma, por un privilegio único, fué elegida de Dios para dominar el mundo pagano con la fuerza, y gobernar el mundo cristiano con la autoridad. Estas verdades se ven practicamente confesadas por los mismos disidentes. Vaya un extranjero á Londres, á Berlin, á Nueva-Yorch, pregunte por la iglesia católica, por el templo católico, por el sacerdote católico á cualquiera de los sectarios que alli residen, y á buen seguro que ellos no le indicaran otra Iglesia que la Romana, ni otro Sacerdote que el romano. La Iglesia Romana, semejante á la piedra vista en sueños por el Rey Nabuco, que desprendida de la montaña, hace pedazos el descomunal coloso y crece despues de tal manera que toda ocupa la tierra; abraza con poder sobrenatural uno y otro hemisferio, y en todas partes manifiesta su catolicidad, ese carácter divino que la distingue de las comuniones y sectas de origen meramente humano.

No solamente la Iglesia de Jesucristo, és Una, Santa y Católica, si que tambien ha de ser, y es realmente Apostó-

lica. Ella tiene y enseña la doctrina que predicaron los Apóstoles, enviados al mundo por el Salvador. Ella cuenta con la pública, perenne y nunca interrumpida sucesion de sus Pontífices y Sacerdotes, desde los Apóstoles hasta nosotros; y este era uno de los motivos, que confiesa San Agustín, lo tenían inviolablemente unido á la Iglesia.

Esta Apostolidad solo la hallamos en la Iglesia Romana. Por que ella sola, por la sucesion no interrumpida de sus Pontífices y Sacerdotes, descende de los Apóstoles. Por que ella sola és la legítima depositaria de la doctrina que predicaron los Apóstoles enviados por Jesucristo. Sí, R. Q., los dogmas que enseña nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica Romana, y las verdades que profesa, son las mismas que enseñó Jesucristo y predicaron los Apóstoles. Fuera de Jesucristo y de los Apóstoles nadie podrá citar el primer maestro de estos dogmas, ni el año, lugar ó sitio en que empezaron á enseñarse, ni los sujetos que los inventaran. Fuera de la Iglesia Romana ninguna otra asociacion puede citar la série no interrumpida de sus Pastores y Ministros, unidos siempre á Pedro y á sus Sucesores en el primado de honor y de jurisdiccion. Desde el Príncipe de los Apóstoles á nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX, felizmente reinante, se han sucedido 259 Pontífices, y cada uno de ellos ha gobernado con Suprema autoridad el mundo Católico. Y los Obispos son instituidos Canónicamente por el Soberano Pontífice. Y los sacerdotes son ordenados tales por los Obispos. De suerte, que si en las Iglesias particulares, unidas á la Sede Apostólica Romana, se formara el arbol de los Ordenantes y ordenados, á imitacion del genealógico de las familias, cada Obispo y cada Sacerdote Católico llegaria á encontrar por tronco principal del suyo un Apóstol ordenado por el mismo Jesucristo. La Iglesia Romana és, pues, Una, Santa, Católica y Apostólica, y por

consiguiente es la sola Verdadera Iglesia de Jesucristo.

¡Oh Iglesia Romana! Tu eres pues el Arca que nos preserva de naufragar en medio de las aguas de la mar tempestuosa de este mundo. Tu eres la casa de Dios y la puerta del Cielo. No hay, fuera de tí, salvacion. Ah! Dios que quiere que todos los hombres se salven y conozcan la verdad, te conservará hasta la consumacion de los siglos. El te defenderá de los ataques que te dirijen de continuo los enemigos de todo bien. ¿Qué importa te hayan declarado la guerra los pretendidos filósofos? ¿Qué importa conspiren á tu ruina los falsos políticos del mundo? ¿Qué importa que el despotismo feroz, desde el primer Neron hasta el último César te quiera avasallar y hacer esclava? Tú, á pesar de ellos, serás siempre libre, y madre de la verdadera libertad. El Señor es tu amparo y tu gloria; Él es el que levanta tu cabeza y la sostiene. Tus hijos te han visto, y te miran aun combatida, despreciada, perseguida, llena de dolor y de angustias, pero siempre fuerte y resignada en la persecucion, libre entre cadenas, temida por quien inspira temor, respetada en tu adversidad y pobreza, y nunca vencida. El Señor oirá siempre la voz de tu llanto y el gemido de tu deprecacion, y hará que tus enemigos sean en extremo avergonzados y confundidos. ¡Oh plugiera al Cielo que la vergüenza de su derrota fuese para ellos estímulo y motivo de convertirse á Dios!

¡Cuan admirable es, H. Q., el espectáculo que en nuestros dias ofrece la Iglesia Católica regida y gobernada por el Santísimo Padre Pio IX! Vemos que las sociedades y naciones mas civilizadas del mundo participan todas de la inseguridad y mal estar, consiguientes á la fermentacion general que caracteriza nuestro siglo. Vemos el rapido progreso de las ciencias y de las artes, de la industria y del comercio como si quisiera llevar á la humanidad á nuevas

regiones, hasta ahora desconocidas. Vemos esa sed de novedades que devora á los hombres. Vemos, finalmente, á la filosofía y al poder unidos con estrecha alianza, que no cesan de conspirar contra la constitucion de la Iglesia, y ora pretestando paz y conveniencia sociales, ora haciendo vislumbrar persecuciones y peligros, cuando apelando á las amenazas, cuando valiéndose del sofisma, pretenden inducirla á renunciar sus tradiciones, á conformarse con las exigencias de la época, á servir de instrumento débil del moderno maquiavelismo que intentara arrastrar la obra de Dios por el derrotero de sus delirios. ¿Y que hace la Iglesia? Ah! esta hija del Cielo rechaza, como indignos de ella, todos los planes que tienen por objeto humanizar la Religion Divina, y despojarla de los caractéres que la distinguen. La Iglesia Católica permanece inmóvil en medio del movimiento universal, sin que por esto se oponga á los adelantos racionales de la civilizacion, sino antes bien favoreciéndolos y dándoles impulso, como Madre y Maestra que és de verdad y cultura. La Iglesia Católica independiente del predominio de las opiniones, estraña al prestigio de las novedades, fija en los principios inmutables de los cuales la hizo el mismo Dios depositaria, llena de vida mientras se la vaticina la muerte inminente, sigue dirigiendo las conciencias de mas de doscientos millones de súbditos, estiende el reino de Jesucristo y lo aumenta con nuevas conquistas, contemplando impávida á sus pies las ruinas de tantos colosos, que se estrellaron en la roca que le sirve de fundamento y de base, y mirando el curso del torrente de los siglos, que arrastra en sus aguas devastadoras las naciones y los imperios. Ella, en medio de las agitaciones del siglo, no pierde nunca su tranquilidad y su paz, que en Dios unicamente se apoyan, y ofrece á los hombres de buena voluntad un asilo segu-

ro en las mayores tormentas, y un consuelo eficaz y duradero en los grandes infortunios.

¿Quién no anará, H. Q., á esta Madre admirable? ¿Quién no se reputará dichoso de formar parte de su familia? ¡Oh felices los que pertenecemos á ella por el bautismo, por la profesion de su fé, por la participacion de sus gracias, por la observancia de sus preceptos, y por la union con su Cabeza! ¡Dichosos de nosotros, si somos de este número! Porque la paz de Dios, que sobrepuja en valor á todos los bienes del mundo, guardará nuestros corazones y nuestras inteligencias, para que no se pervierta el uno, ni se estravie la otra, sino que permanezcamos siempre unidos con Cristo nuestro Señor, que es nuestra salud, nuestra vida, y la resurreccion nuestra.

Empero mientras somos peregrinos en este mundo estamos sujetos á un sin número de misérias, y espuestos á perder la gracia y amistad de Dios por nuestros pecados. Mas el Señor siempre benigno y misericordioso nos brinda con el perdón, llamándonos á penitencia; y en este santo tiempo de Cuaresma lo hace de una manera todo particular por medio de su esposa y nuestra madre la Iglesia. A Ella han sido dadas las llaves del reino de los Cielos, para que todo lo que ligare sobre la tierra, ligado fuese en el Cielo. y todo lo que desatare sobre la tierra, fuese tambien desatado en el Cielo. Este és, H. Q., el tiempo aceptable, estos son los dias de salud. Aprovechémonos de ellos, acerquémonos al trono de la divina piedad, confesemos al Señor representado en su ministro, nuestras injusticias, y Él nos perdonará. Reformemos nuestras costumbres, enmendemos nuestros yerros, purifiquemos nuestras conciencias, y el Señor nos dispensará sus dulcísimas misericordias. Por que Él disimula los pecados de los hombres arrepentidos y contritos, y sana todas nuestras dolencias. Él redime nuestra vida de

la muerte, y nos colma de bondades.

Así H. Q. lo hemos experimentado en los últimos meses que han transcurrido. Y podemos exclamar con el Profeta, que el Señor se ha compadecido de nosotros. No nos ha tratado según nuestros pecados, ni nos ha retornado según nuestras maldades *Non secundum peccata nostra fecit nobis, neque secundum iniquitates nostras retribuit nobis* (1). Y estando amenazados de la muerte, que á semejanza de un terrible segador cortaba en la flor de sus años la vida á nuestros hermanos, ha querido conservarnos para mejor amarlo y servirle. ¿Qué hubiera sido de nosotros si el azote fatal, que por espacio de cuatro meses ha afligido á la Ciudad de Santa Cruz de Tenerife se hubiese propagado á las demas Islas del Archipiélago? Pero el Señor se apiadó de nosotros, y vino en nuestro auxilio, movido de nuestros gemidos y de nuestras lágrimas. El Clero y pueblo unieron sus clamores al pié de los altares, invocaron al Señor, y el Señor les oyó. Pidieron y les fué otorgada la gracia. Y hoy ya casi podemos decir que el formidable azote desapareció de entre nosotros, y pronto esperamos entonar con tan fausto motivo el cántico de accion de gracias.

Seamos H. Q., agradecidos á las bondades del Señor, y mostremos nuestra gratitud por una constante fidelidad en su divino servicio. Este es el fin por el cual Dios nuestro Señor nos ha criado y puesto en este mundo, para que, como dice el Apóstol San Pablo, por medio del amor y servicio de Dios en esta vida, alcancemos la eterna felicidad en la otra; *Habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem veró vitam æternam* (2).

Recibid, H. Q., en prenda del encendido y paternal amor que os profesamos, nuestra bendicion en el nombre del †

(1) Psalm. 102.—(2) Rom. 6,

Padre, y del † Hijo, y del Espíritu † Santo.

Encargamos á los venerables Curas párrocos lean esta nuestra Carta Pastoral al Ofertorio de la Misa mayor de los dos primeros Domingos inmediatos á su recibo; y concedemos 40 dias de indulgencia á todos los fieles por cada vez que la leyeren, ú oyeren atenta y devotamente su lectura.

De nuestro Palacio Episcopal de Las Palmas á 9 de Febrero de 1863.

FR. JOAQUIN, *Obispo de Canarias y Administrador Apostólico de Tenerife.*

De orden de S. S. I. el Obispo, mi Señor,
PEDRO DIAZ, *Vice-Secretario.*



Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Encargamos á los venerables Curas párrocos leer esta
nuestra Carta Pastoral al Otorio de la Misa mayor de los
dos primeros Domingos inmediatos á su recibida; y concede-
mos 40 dias de indulgencia á todos los fieles por cada vez
que la leyeren, si oyeren alenta y devotamente su lectura.
De nuestro Palacio Episcopal de las Palmas á 9 de Fe-
brero de 1863.

F. JOAQUIN, Obispo de Canarias y Administrador
Apóstolico de Tenerife.

De orden de S. E. I. el Obispo, mi Secretario,
Pedro Diaz, Vice-Secretario.

